

(Artículo publicado en: María-Teresa Ibáñez Ehrlich (ed.): Ensayos sobre Rafael Chirbes, Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert, 2006, pp. 105-133)

## «Lo que va de ayer a hoy». Hacia una caracterización de los personajes principales de *Los viejos amigos*, de Rafael Chirbes

AUGUSTA LÓPEZ BERNASOCCHI  
 JOSÉ MANUEL LÓPEZ DE ABIADA  
*Universidad de Berna*

*[...] era una pena que Ana no pudiera asistir a la cena de hoy, para que esta otra galería, la de los zombis, estuviese un poco más poblada, mejor representada. [...] la visión de nuestro paisaje de juventud sesgada, el horizonte visto desde determinado lado, incompleto, con zonas ocultas, con zonas inexistentes, desaparecidas, enterradas en algún lugar por algún cataclismo o simplemente por el depósito de sedimentos que el tiempo, digamos el tiempo, ha ido dejando sobre aquello. La perfección, que no otra cosa es la representación creíble, exige que intervengan todos los elementos representativos, como en los jardines chinos [...]. En los jardines chinos que son considerados obras maestras la mirada ignorante no ve nada que parezca extraordinario o que supere lo que ha visto anteriormente [...] así también la fiesta ha de ser representación de un grupo, lo ácido y lo amargo mezclado con lo dulce, lo salado y lo que roza lo insípido. Algo así el arte, la representación creíble del mundo en una acuarela, en un libro de bolsillo. (págs. 31-32)<sup>1</sup>*

### 1. ENTRADA

Rafael Chirbes se sitúa consciente y deliberadamente en la tradición del realismo, acaso porque entiende la novela como narración de la vida privada en relación con la pública. La obra novelesca de Chirbes versa, directa o indirectamente, sobre la transición política española desde una posición que rezuma desencanto e incluso frustración. Fue siempre partidario de la ruptura con el franquismo, convencido de que era un procedimiento más digno, correcto y coherente que una transición pactada. En una larga entrevista publicada en *Iberoamericana* declaraba al respecto:

En la primera *-Mimoun-*, quise representar la transición, esa gente que perdió la transición y buscó la salvación individual. [...] En la segunda novela *-En la lucha final-*, quise escribir, en cambio, acerca de la clase social que acababa de llegar a los aledaños del poder. [...] *La larga marcha* es una especie de novela de todas las novelas. Me salió un narrador que yo llamo «compasivo» en la medida en que acompaña a sus personajes y padece con ellos, que se

<sup>1</sup> Las páginas se refieren siempre a la edición indicada en la Bibliografía (2002a).

separa de unos para acercarse a otros y que va juntando los hilos. Me interesaba además que su actitud fuera cambiante, que a los personajes de la primera parte del libro (la generación de la guerra) ya no les pidiera nada y que, en cambio, pidiera responsabilidades a sus hijos, a los de mi propia generación, a los que han tenido entre sus manos el poder para nada que no haya sido crear desilusión y amargura. (Jacobs 1999: 186-187)

Y en otra entrevista sobre *La caída de Madrid* afirmaba:

[...] lo que he querido, centrándola en la víspera de la muerte de Franco, el 19 de noviembre de 1975, es hacer una especie de autopsia de todos los ideales de la transición española, de cierta beatería de la izquierda que ha acabado refugiándose en las palabras y apartándose de los hechos. La novela en realidad trata de lo que ocurrió 20 años después de ese día o a lo largo de esos 20 años después. (Licona 2000)

Aunque en su obra novelesca abundan los pasajes referidos a la transición española, quizá las alusiones más explícitas estén en uno de sus ensayos, ahora reunidos en *El novelista perplejo*:

[...] no fue un pacto sino la aplicación de una nueva estrategia en esa guerra de dominio de los menos sobre los más, y donde si hubo poca crueldad fue porque, por entonces, los menos eran fuertes y débiles los más. A la transición le debo la oportunidad que me brindó de descifrar mejor aquello que decía ese hombre del que tanto aprendo y tanto me gusta nombrar, Walter Benjamin. (Chirbes 2002b: 108).

En otro trabajo dedicado a *Si te dicen que caí* (1973), la obra maestra de Juan Marsé, sondea en la memoria sin ahorrar críticas a los escritores de la generación del 68, es decir, la suya (Rafael Chirbes nació en 1949). A su juicio, los sesentayochistas no supieron recoger la herencia del maestro barcelonés y se refugiaron en un “lirismo de la memoria”; un lirismo que no logra transmitir la “potente imposición de la contradictoria vida” ni “convertir la memoria en desazón”. Y menos aún dar cabida al “complejo juego de equilibrios” que caracteriza la obra entera de Marsé y *Si te dicen que caí* sobre manera, novela en la que “la memoria no es jamás un refugio ni una guarida en la que agazaparse; ni tampoco complacencia de una legitimidad, sino una forma de intemperie. Tras la devastación, no hay formas de inocencia: todo es malsano residuo, viene a decirnos el libro: nosotros mismos, culpable residuo.” (Chirbes 2002b: 102).

## 2. ESTRUCTURA Y TEMPORALIZACIÓN

La novela que analizamos está constituida por quince unidades o apartados (separados por un espacio en blanco) que corresponden a seis voces narrativas y que a su vez constituyen quince monólogos interiores organizados de la forma siguiente:

Carlos: págs. 7-20; 95-101 + 101-112; 127-137; 176-208

Demetrio: págs. 20-44; 151-162

Rita: págs. 44-62; 145-151

Narciso: pág. 62-71

Pedro: págs. 71-94; 137-144; 208-221

Amalia: págs. 112-127; 163-176

La temporalización de la novela –que enlaza con *La larga marcha* y *La caída de Madrid*<sup>2</sup>, y de las que es continuación<sup>3</sup>– corresponde a dos momentos:

a) El tiempo real (e.d., el presente narrativo, que coincide sustancialmente con el de la redacción de la novela –2001-2002– y, por tanto, con el tiempo de la madurez de los protagonistas), especialmente focalizado en el día del encuentro de los «viejos amigos»: un día lluvioso<sup>4</sup> de “mediados de noviembre” (pág. 7). La reunión propiamente dicha dura pocas horas, puesto que se limita al tiempo de la cena en el restaurante Nicolás. A la cita (que concluye hacia medianoche: “Son casi las doce de la noche en Madrid”, pág. 93) acude un grupo de antiguos camaradas que durante la última década del franquismo y en los primeros años de la transición integraron una célula revolucionaria (“me llamó la ex célula de Unidad de Comunistas en pleno, para decirme que acudiera hoy a cenar con ellos a

<sup>2</sup> Para mayor información, véase nuestros trabajos “Un apunte sobre la recepción de *La larga marcha*, de Rafael Chirbes, en el ámbito lingüístico alemán” y “Para una primera lectura de *La larga marcha* de Rafael Chirbes”.

<sup>3</sup> Si la extensión temporal de la primera abarca de los últimos años de la década del 40 a finales de los años 60, la segunda novela se centra, como acabamos de ver, en la víspera del 20 de octubre de 1975. Podemos por tanto afirmar que *La caída de Madrid* es complementaria a *La larga marcha* y *Los viejos amigos* a las dos novelas mencionadas.

<sup>4</sup> “Al llegar a Contreras se ha nublado y unos kilómetros más tarde ha empezado a llover. Ya no ha parado de llover hasta Madrid.” (pág. 9); “Esta mañana, mientras atravesábamos La Mancha, empapada por la lluvia” (pág. 17); “no ha parado de llover durante la mayor parte del trayecto” (pág. 131); “el del viaje bajo la lluvia” (pág. 209).

Nicolás, que Carlos y Pedrito se venían de Denia a Madrid, con la intención de reunirse con los viejos camaradas.”, pág. 49).

b) El tiempo de un tramo de la memoria personal, que coincide sustancialmente con los años de la juventud de los protagonistas, un tiempo que Pedro define como etapa de la «inocencia» (“la inocencia que nació en los sesenta y llegó hasta los primeros ochenta”, pág. 90); eran los años de los ideales revolucionarios, de las ilusiones, de la fe ciega en la posibilidad de cambiar el mundo, de alcanzar el paraíso en la tierra (“*mientras él recuerda aquellos años que, cuando discurrían, no tuvo conciencia de que fueran felices*”, pág. 112). Como la agonía de Franco en *La caída de Madrid*, la cena de los «viejos amigos» representa la ocasión para volver al pasado<sup>5</sup>. Un pasado que coincide con los últimos 25-30 años de la vida (y de la historia del país) de los protagonistas<sup>6</sup>, hombres y mujeres que han superado con creces los 50 años<sup>7</sup> y que han vivido con plena conciencia histórica la transición, los últimos años de los gobiernos socialistas y las dos legislaturas de los conservadores. Se trata, como podemos ver, de personajes coetáneos de «los hijos» de *La larga marcha*.

### 3. ESPACIOS NOVELESCOS

---

<sup>5</sup> De ahí la frecuencia de los términos relativos al campo semántico de la memoria. Espigamos algunos referidos a una sola de las voces (la de Carlos): “Me digo, mientras me limpio con la servilleta los labios después de llevarme la copa a la boca y tomar un sorbo de vino, que recuerdo y anoto cosas que sólo me interesan de refilón, cosas que esta cena inyecta artificialmente en mi memoria, y que son quizás innecesarias.” (pág. 8); “Recuerdo el movimiento del limpiabrisas, las gotas estallando contra el cristal, y lo recuerdo a él [Pedro] cuando éramos niños”, “recuerdos infantiles, veloces, alucinados, giran en la cabeza como tiovivos. Recuerdos [...]; recuerdos [...]” (pág. 9); “La infancia, la confusa selva original me llega con el sabor del vino y el rumor de la conversación.” (pág. 10; nótese la reminiscencia proustiana); “lo recuerdo ahora, mientras Pedrito despotrica de los políticos en activo” (pág. 95); “Yo he entornado los ojos sólo un segundo, mientras mantengo el respaldo de la silla en la mano izquierda. / *Ha visto sus libros de arquitectura italiana del barroco encima de la mesa y su ropa de diseño en el armario. Ella ya no está. Pero ha cerrado un instante los ojos y ha vuelto a verla.*” (pág. 101); “Recuerdo los tiempos en que acababa de venirme, yo de nuevo aquí en Denia, él en Madrid.” (pág. 199); “recuerdo el día que comí con ella en una brasería de Bruselas” (pág. 203).

<sup>6</sup> “[T]res decenios después de su excitante desembarco en la capital del reino” (pág. 34); “hace más de un cuarto de siglo” (pág. 95); “hace veinticinco años” (pág. 97); “Han pasado más de veinticinco años.” (pág. 177).

<sup>7</sup> Demetrio Rull tiene casi 60 años (pág. 37); Pedro Vidal 59 (pág. 126) y Antonia, su esposa, 54 (pág. 89); Rita 56 y su marido Juan 60 (pág. 58); Amalia, como Magda, “más de cincuenta” (pág. 126).

En concordancia con la cronología, el espacio de la novela es también dicotómico:

a) Un lugar real: Madrid<sup>8</sup> –y sobre todo el restaurante Nicolás<sup>9</sup>–, donde se reúnen los viejos amigos; un lugar entre tanto inhóspito (o que, quizá, siempre lo fue)<sup>10</sup>.

b) Los lugares de la memoria:

-Denia<sup>11</sup>, donde viven (o vivían o han vuelto a vivir –a esta circunstancia la llama Narciso “efecto boomerang”, pág. 171–) varios de los protagonistas.

-El Madrid de hace 25-30 años, lugar al que acudieron todos los amigos con la ilusión de cambiar el mundo (“Madrid, mil novecientos sesentaysiete, sesentaynueve, setentayuno, setentaytres, tiempo de revolución.”, pág. 19). Vuelve a surgir, por tanto, la imagen de la ciudad centralizadora por antonomasia de *La larga marcha*. Sin embargo, el Madrid de ahora está cuajado de características antitéticas en cuanto a ilusiones y esperanzas, cuyos reversos –desilusión y desencanto– aparecen claramente configurados.

---

<sup>8</sup> “Ya no ha parado de llover hasta Madrid.” (pág. 9); “Al final de la cinta de asfalto, después del laberinto de curvas, subidas y bajadas, se abría, desolada y enorme, Madrid.” (pág. 20); “Hemos llegado en menos de tres horas desde Denia a Madrid.” (pág. 131).

<sup>9</sup> “[M]e llamó la ex célula de Unidad de Comunistas en pleno, para decirme que acudiera hoy a cenar con ellos a Nicolás, que Carlos y Pedrito se venían de Denia a Madrid, con la intención de reunirse con los viejos camaradas.” (pág. 49); “Quedaba [...] con el grupo de viejos amigos, tomábamos copas en Violette, cenábamos en Nicolás” (pág. 60).

<sup>10</sup> No es casual que el frío y la niebla caractericen esa noche madrileña: “los dedos del frío nos esperan a la salida del restaurante” (pág. 7); “el frío de la noche” (págs. 160-161); “El frío.” (pág. 161); “el ruido de los motores amortiguado por la niebla”, “enfrentarme a la puta noche de Madrid, nueve meses de invierno y tres de infierno”, “«pensadlo bien, Madrid, tan grande, tan fría y tan calurosa, tan inhóspita: nueve meses de invierno y tres de infierno” (pág. 209); “Estamos en los de invierno: niebla en torno a las farolas, hálito, un humo blando y un frío que te cagas.” (pág. 210); “salgo de nuevo a la fría noche de Madrid” (pág. 212); “Madrid, la noche, el frío, la depresión” (pág. 216).

<sup>11</sup> Aquí nos limitamos a reproducir algunos pasajes: “mi adosado en Denia” (pág. 7); “una novia de Hamburgo que se hechó en Denia” (pág. 11); “Se lo ha montado de la hostia, ahí en Denia” (pág. 50); “a lo mejor volver a Denia” (pág. 54); “tuvimos un encuentro en Denia” (pág. 72); “un palurdo que vive en Denia”, “los de Denia” (pág. 80); “lleva media docena de obras grandes [...] en Denia” (pág. 97); “Pedrito fue el primero que se volvió a Denia” (pág. 179).

Denia aparece en la obra como paradigma “menor” del negocio inmobiliario que crece al socaire de la Ley Reguladora de la Actividad Urbanística, en vigor desde 1994. Aprobada por el Gobierno socialista, el posterior Ejecutivo del PP la ha aplicado sin desarrollo reglamentario adicional. La “fiebre” urbanizadora de la Comunidad Valenciana, regida por el PP desde 1995, comenzó a alarmar a los partidos políticos de la oposición y a los habitantes de las zonas más afectadas hacia finales de la última década.

Precisamente, uno de los temas menores de la novela es la denuncia del negocio inmobiliario, que crece al socaire de unas leyes autonómicas cuyos administradores locales no desean que arbitren los conflictos entre pequeños propietarios y ayuntamientos. La situación es alarmante: han sido presentadas casi 15.000 denuncias ante los organismos pertinentes de la Unión Europea.

El Madrid de entonces era símbolo del desarraigo del campesino emigrado y de la miseria del proletariado, la ciudad imán que atraía a una multitud de desesperados, víctimas directas o indirectas de la guerra civil destinadas a asistir al fracaso de sus esperanzas. En *Los viejos amigos*, Madrid es símbolo del fracaso de los ideales revolucionarios, de la pérdida de las ilusiones juveniles, de la desmemoria deliberada, de la soledad, de la muerte incluso.

Madrid y Denia, por tanto, como espacios simbólicos de dos etapas distintas de la vida de los «viejos amigos»: juventud y madurez.

-El Madrid de hace treinta años era crisol de las esperanzas revolucionarias; Denia representaba –amén de un lugar de extrema pobreza<sup>12</sup>– la mala conciencia o *mauvaise foi* en el sentido existencialista del término, el lugar donde el compromiso político o el *engagement* no era posible. Las reflexiones de Demetrio son, en este sentido, sumamente significativas:

Pedrito, Carlos y yo habíamos venido a tomar el palacio de Invierno (que, en Madrid, se llamaba de Oriente), vinimos con Mauricio, que era un comunista que odiaba el pecé, y pronto encontramos nuestro hueco en la infatigable maquinaria de la revolución inminente –ocupaciones, trabajos legales y actividades ilícitas–, gracias a los contactos que nos proporcionó el viejo Mauricio en la organización. [...] La verdad es que me vino bien salir de Denia. ¿Qué hubiera hecho allí, agazapado, culpable? [...] a Madrid me llamó el arte con la misma insistencia que la revolución. ¿O es que no eran lo mismo? Por eso, fui el primero que acepté la proposición de Pedrito cuando nos incitó a abandonar Denia, fue él que me convenció a mí, el que convenció definitivamente a Carlos. Yo creo que a Pedrito lo convenció Mauricio el Senior, que estaba harto de que, en Denia, la gente lo mirara de reojo por la calle y le llamara El Comunista con el mismo tono con que a Drácula podrían llamarlo sus vecinos El Vampiro [...]. (págs. 22-24)

Sin embargo, como se desprende de un pasaje de uno de los monólogos de Rita, la decepción es inmediata, ya que la realidad de la capital –como veíamos, el lugar del *engagement*– no deja espacio a las expectativas de los potenciales revolucionarios:

---

<sup>12</sup> Carlos: “En Denia, la vida era demasiado sencilla, una pobreza sin poesía, privada de cualquier atisbo de epopeya: los vertederos, las playas sucias, las hojas manchadas de los tebeos que buscábamos para leer en disputa con los gitanos, las botellas de penicilina cuyo contenido alguien se había inyectado y que guardábamos para utilizar como cárcel de insectos o como instrumento polivalente en juegos más excitantes y turbios. [...] Demasiado sencilla esa pobreza para que engendrara una revolución [...]” (págs. 14-15).

Demetrio: “Todo era nada, nada: la casita de sesenta metros cuadrados cerca del castillo, en el barrio más pobre de la ciudad, los cuatro muebles descabalados, las sábanas usadas hasta convertirse en transparentes más que en translúcidas [...] guardadas en los cajones del armario ropero que tenía el azogue del espejo picado por el efecto del paso de los años y la humedad del mar.” (pág. 35).

«Me voy con Carlos.» Eso significaba cambiar Denia por Madrid, renunciar a las clases de matemáticas que había empezado a impartir en un colegio, recoger precipitadamente cuatro trapos y la bolsa de aseo para emprender una vida sin nada, ni siquiera con una casa, porque Carlos compartía una habitación trasera en la casa a espaldas del bulevar de Vallecas que Demetrio había conseguido alquilar por un precio irrisorio y que utilizaba como vivienda y como estudio.<sup>13</sup> [...] Yo, embarazada, repartiendo panfletos a la salida del turno de noche de las fábricas a las seis de la mañana, encerrada en habitaciones mal ventiladas en las que todo el mundo fumaba incesantemente mientras hablaba de Mao y de la revolución que estaba a punto de llegar; [...] platos sin fregar en la pila, cabellos mal cortados y no siempre limpios, ropa sin gracia ni brillo, callejones malolientes, descampados, frío, o calor abrasador, libros desencuadrados a fuerza de pasa de mano en mano, con las hojas amarillentas y arrugadas, discusiones en un lenguaje sólo comprensible para los miembros de la secta, acidez de estómago a causa de las comidas escasas y mal cocinadas [...], de los litros de café y de las cajetillas de tabaco [...]. (págs. 147-149)

-El Madrid de ahora es a la vez símbolo del fracaso de una generación y del triunfo de parte de ella –los que se «transformaron», los acomodaticios o «posibilistas», que nunca dejaron de ser burgueses, aunque en su juventud se hicieran pasar por revolucionarios–, y símbolo del triunfo de la «nueva guardia». Reproducimos dos pasajes referidos, respectivamente, a Demetrio y Carlos:

Así que, tres decenios después de su excitante desembarco en la capital del reino, para Demetrio Rull, Madrid, de donde, sin embargo, no quiere irse, ya no es ni arte ni revolución. (pág. 34)

Me fui de Madrid porque empezaron a darme miedo el frío, los domingos por la tarde sin dinero en el bolsillo ni para meterse en un cine, la nevera vacía. (pág. 176)

Madrid, por tanto, como una especie de Moloc (“Madrid devora tiempo”, pág. 156, piensa Demetrio), contrapuesto a Denia que –aunque haya sido destrozada por la invasión del cemento y del asfalto<sup>14</sup>– simboliza ahora el nido, el refugio, la vuelta a los orígenes, casi una especie de edén en el que es posible sobrevivir con menor desasosiego. Denia como lugar mítico, como

---

<sup>13</sup> El estado y la habitabilidad de la vivienda son descritos como sigue: “El precio era tan ínfimo como las condiciones de habitabilidad que convertían en un eufemismo la palabra casa referida a aquella vivienda destartada, un último piso que se helaba enseguida en invierno y ardía como un horno en verano”, “un sombrío patio interior”, “dejaba pasar un intenso olor a desagüe” (pág. 148).

Sin embargo, no es que Carlos –al volver a Denia– mejore mucho: “mi casa [...] es poco más que un cobertizo” (pág. 179); “el bungalow es pequeño y apenas cabe el mobiliario indispensable” (pág. 185); “cambiar el adosado por una casa amplia, para mí solo, los libros ordenados en los estantes y no mal metidos en cajas como los tengo ahora” (pág. 194).

imagen del paraíso que los revolucionarios de antaño buscaron en vano, acudiendo ilusionados a la capital. Denia, en suma, como punto de referencia constante en los pensamientos y en los deseos de quienes incluso, como Carlos y Pedro, se alejaron sólo por breves horas para la velada del encuentro en Madrid:

Pienso que mientras que, aquí, los dedos del frío nos esperan a la salida del restaurante para pellizcarnos, siguen creciendo las plantas y se abren las flores delante de mi adosado en Denia a pesar de lo avanzado de la estación, mediados de noviembre; o que el aire fue tenue la pasada mañana y me envolvió con su respiración templada y húmeda [...]. (pág. 7)<sup>15</sup>

Denia es también punto de referencia de los que decidieron quedarse – aunque fuese a regañadientes como Demetrio y Rita– en Madrid:

Echo de menos el mar, claro que lo echo de menos [...]; me gusta mucho, aunque nunca haya querido volver a Denia para quedarme. No he querido volver. Me quedé aquí, en Madrid, como Rita. También Rita se quedó en Madrid, a pesar de que era la única del grupo que parecía que había venido nada más que a pasar un fin de semana; para acompañar a Carlos. (págs. 21-22)<sup>16</sup>

#### 4. ARGUMENTO: MEMORIA Y FRACASO GENERACIONAL

*[...] mientras él recuerda aquellos años que, cuando discurrían, no tuvo conciencia de que fueran felices. (pág. 112)*

Dos son los temas principales de *Los viejos amigos*: la memoria –que se reconstruye mediante la técnica del monólogo interior de las seis voces narrativas– y la amarga constatación del fracaso generacional. La mayoría de los protagonistas de la novela son personajes que podríamos definir «víctimas de la revolución» (“la ex célula de Unidad de Comunistas”, pág. 49), figuras que, tras haber vivido con plena conciencia histórico-política el período de la transición, hacen en la sexta década de su vida un amargo

---

<sup>14</sup> Véanse al respecto las descripciones de las págs. 74-75, 185 y 221.

<sup>15</sup> Y además: “pienso en mi casa, en que he salido esta mañana y ya tengo ganas de volver” (pág. 9); “Desde la autopista he podido ver por el retrovisor, allá arriba, en la ladera de la montaña, mi casa. Ha sido sólo un instante. [...] Al final de la cinta de asfalto, después del laberinto de curvas, subidas y bajadas, se abría, desolada y enorme, Madrid.” (pág. 20).

<sup>16</sup> Y además: “Es verdad que no quiero dejar Madrid, pero también es que vuelvo a Denia cada vez con más frecuencia.” (pág. 34); “En cualquier caso, voy a Denia más de lo que he ido nunca. «Los viejos elefantes olemos el fin, buscamos el cementerio.»” (pág. 35); “mandar Madrid a la mierda de una vez, mandarlo a la mierda todo” (pág. 161); “Yo pensaba: envejecer juntos, tranquilamente jubilados, en una casita cerca del mar; a lo mejor volver a Denia” (pág. 54).



balance. Son los mismos que antaño constituyeron la «joven guardia» de *La larga marcha*; algunos conocieron las cárceles franquistas, los más se perdieron en la quimera de la revolución, otros lucharon por ella y fueron vencidos. Si al final de *La larga marcha* se vislumbraban rayos de esperanza y el futuro quedaba abierto, en *Los viejos amigos* no se deja espacio a la duda: es un mensaje que rezuma pesimismo, un mensaje nihilista. De la derrota general sólo se salvan los transformistas, los que han sabido apearse a tiempo del barco a la deriva y sin rumbo de los ideales que habían llevado al comunismo real y apostar por medios más seguros y, sobre todo, más cómodos y rápidos para alcanzar la meta.

## 5. PERSONAJES: LOS VIEJOS AMIGOS<sup>17</sup>

Rita:

*Encima, hace una semana me llamó Pedrito y, a continuación, Demetrio, y luego Amalia, y un par de días más tarde, Guzmán: me llamó la ex célula de Unidad de Comunistas en pleno, para decirme que acudiera hoy a cenar con ellos a Nicolás, que Carlos y Pedrito se venían de Denia a Madrid, con la intención de reunirse con los viejos camaradas. Para celebrar no se qué aniversario de la caída. De derrota en derrota hasta la victoria final. Y, encima, deciden celebrar el evento en Madrid. (pág. 49)*

*Quedaba [...] con el grupo de viejos amigos<sup>18</sup>, tomábamos copas en Violette, cenábamos en Nicolás, y esa noche yo tenía esa parcela cultivada hasta la saturación, plantada hasta que la simiente me salía por las orejas y me daban ganas de vomitar con tanto rollo ideológico, cuando, ahí, quien más y quien menos había dejado la ideología de lado cuando le había convenido. (pág. 60)*

Demetrio:

*«Me hace ilusión volver a ver la vieja carroña.» [...] «una última ojeada a esos muertos a medio enterrar en que nos hemos convertido. No me parece mal echarles una ojeada a los cadáveres que hace tiempo que no veo.» [...] Es noche de Walpurgis. El placer de verlo convertido en muerto viviente, ¿no te excita? (págs. 20-21)*

Amalia:

---

<sup>17</sup> Por razones de espacio nos limitamos al análisis de los personajes que integraron la vieja guardia, e.d., a los viejos amigos. Ocasión habrá para el análisis de los demás.

<sup>18</sup> Como cabe esperar, las alusiones a los «viejos amigos» abundan. Entre las más significativas figuran: “Que no haya venido Magda sí que me duele, mi vieja amiga. Guzmán me pregunta por ella y por Mauricio, los dos camaradas que no han venido y a quienes él esperaba ver.” (págs. 116-117); “Os nombraba a los compañeros de lo que él llamaba «la lucha».” (pág.119); “Entre tanto, leer para decir que he leído, para no perder comba en la conversación con los viejos amigos” (pág. 194); “Leer para, en la cena de los ex militantes, haber podido hablar durante tres o cuatro horas y caminar también yo durante esas horas sobre el lago de la desolación.” (pág. 195).

*No ha venido Narciso, no ha venido Ana (la veo de vez en cuando, no la echo de menos), no han venido Magda, ni Mauricio. (pág. 116)*

Por lo que se refiere a los personajes, y para una mejor comprensión de la novela y de su hechura, se deberá tener en cuenta que:

- a) Todas las voces narrativas pertenecen al grupo de los «viejos amigos».
- b) No todos los «viejos amigos» asisten a la cena (entre las voces narrativas ausentes figuran las de Rita y Narciso; tampoco están las voces de quienes, por haber fallecido u otras razones, han desaparecido).
- c) No todos los que asisten a la cena tienen estatuto de personaje con voz narrativa (Guzmán, Lalo, Juanjo, Taboada y Elvira).
- d) Los «viejos amigos» configuran ahora dos grupos: los fracasados y los «vencedores» (es decir, los tráfugas o «transformistas», los acomodaticios o camaleones), los que han sabido adaptarse a los tiempos y que (como Narciso, Guzmán, Ana o Alcóllar y, con las debidas reservas y precisiones, Taboada) acaso nunca fueron verdaderos revolucionarios.

Los cuadros sinópticos que siguen recogen los datos que acabamos de mencionar. En negrita indicamos los nombres de todos los que integraron, directa o indirectamente, el grupo de los «viejos amigos». Los nombres de quienes no participan en la cena llevan asterisco; entre corchetes indicamos a las ex parejas de hecho o potenciales:

VIEJOS AMIGOS	VOCES NARRATIVAS	PAREJA	HIJOS
<b>Carlos</b>	<b>Carlos</b>	[Rita]	*Pau (†), *Irene, *Josian
<b>Demetrio Rull</b>	<b>Demetrio</b>	*Jorge [Alcóllar] [Pablo]	
<b>Pedro Vidal</b>	<b>Pedro</b>	*Antonia [Elisa (†)] [Amalia]	*Norma
<b>*Rita</b>	<b>*Rita</b>	[Carlos]  *Juan	*Pau (†), *Irene, *Josian
<b>*Narciso</b>	<b>*Narciso</b>	[Amalia] *Laura	*1 hija

<b>Amalia</b>	<b>Amalia</b>	[Narciso] [Pedro] [Magda/Lola]	*1 hija
<b>Antolín Guzmán Montañés</b>		<b>*Ana Malta de Thalit</b>	Lalo, Juanjo
<b>Taboada</b>		Elvira	
<b>*Elisa Redol</b>		[Pedro] [Agustín]	
<b>*Magda</b>		*Lola [Amalia]	
<b>*Mauricio (†)</b>			
<b>*José Manuel</b>			

LOS FRACASADOS O QUE SE CONSIDERAN TALES <sup>19</sup> :	LOS QUE NO SE CONSIDERAN FRACASADOS O NO LO SON <sup>20</sup> :
<b>Carlos</b> y Pau	Guzmán, Ana, Lalo y Juanjo
<b>Demetrio</b> y Jorge	Taboada y Elvira
<b>Pedro</b>	<b>Narciso</b> y Laura
<b>Amalia</b>	Alcóllar
<b>Rita</b> y Juan	Juan Bartos y Ada Dutruel (156)
<b>Elisa</b>	
Magda y Lola	
Mauricio (†)(209)	
José Manuel (172)	

## 5.1 LOS FRACASADOS

### Carlos:

Carlos es un escritor fracasado (“ya no escribo, [...] hace años que no escribo”, pág. 208) que vive de la venta de pisos y casas a alemanes (“no he vendido nada que no fueran pisos”, pág. 11):

A gentes como Elisa, como Ana o como Narciso a lo mejor lo que no les perdoné fue que me dieran como caballo perdedor antes de que concluyese la primera vuelta de la carrera. Elisa me animaba a escribir como se anima a un minusválido a practicar determinados ejercicios, para darle una razón para existir, a sabiendas de que, en cualquier caso, esa existencia dará poco de sí. Es verdad que acertaron, pero se dieron demasiada prisa. Debían haber esperado el final de la carrera para hacerme la foto, ese instante en el que entro en la meta sudoroso, en último lugar, o en el que tiro la toalla y sollozo, y me golpeo los ojos con los puños, y gimo: ME RINDO. Ahora ya lo soporto todo, porque no soy un perdedor, sino que me he perdido y estoy en otro sitio [...]. (pág. 193)<sup>21</sup>

<sup>19</sup> “Los que no tenemos nada” (pág. 33), según Demetrio.

<sup>20</sup> Los que Demetrio define “la clase alta” (pág. 27).

<sup>21</sup> La opinión de Pedro tampoco deja espacio al optimismo: “«nunca llegarás a ser un revolucionario, te gusta demasiado la literatura [...] ni serás un buen amante. La literatura

Su ex mujer Rita plasma un retrato despiadado y transido de atributos poco halagüeños (“vendedor de aire”, págs. 45, 58-59; “cabrón”, pág. 48; “coñazo”, pág. 52; “bobo”, pág. 55; “tonto”, pág. 56):

Se lo ha montado de la hostia, ahí en Denia, mirando el mar; por la mañana, a ver si engaño a algún alemán y le vendo alguna de esas mierdas que construye Andreu; y, por la tarde, a ver si pongo el huevo literario [...]. Como siempre, en las nubes. Sacando la cartera para invitar en la barra y sin enterarse de que estábamos a mediados de mes y ya no teníamos ni para el pelargón de los niños. [...] siempre estaba atormentado, reconcomiéndose, ahora no me sale lo que estoy escribiendo, así que estoy jodido; ahora me sale, me está saliendo, así que no me molestéis, largo los niños y tú por ahí unos días, o estaos quietos en la cocina, lo que sea, pero dejadme solo. Un coñazo. [...] Carlos era, sobre todo, un coñazo. [...] ya sabes que te quiero, tampoco se trata de repetirlo a todas horas, mi forma de quererte es no querer a nadie más, y la tuya tiene que ser dejar que me concentre, que escriba, que lea, que duerma la siesta, porque no es que esté exactamente durmiendo, sino que estoy pensando, concentrándome en un capítulo. [...] escribió tres o cuatro [novelas], pero, que yo sepa, sólo ha publicado una en una editorialucha de mierda [...] alguien que quería ser novelista. No sé si el trabajo de vendedor de pisos le habrá abierto los ojos a Carlos. Me da la impresión de que no; de que para él lo de los pisos es una cruz que lleva encima y de la que se cura por las redes, ante el ordenador, que es donde vive lo que él cree su verdadera vida. Su gran proyecto vital, su aventura intelectual. En el fondo, siempre ha sido un bobo. (págs. 50-55)

Por lo demás, Carlos ha fracasado también como padre y marido: su hijo Pau ha muerto de sobredosis; Rita lo ha abandonado y ha elegido a un compañero muy distinto<sup>22</sup>.

### Demetrio:

Demetro, pintor fracasado –la galerista Ana de Thalit lo tildó en más de una ocasión y con ánimo de ofenderlo, de “autodidacta” (págs. 26, 158)–, sobrevive como guarda nocturno en el Eurobuilding:

---

está reñida con el amor y con la revolución” (pág. 9); “no, Carlos, no se puede confiar en ti. Venderías a Lenin por una buena novela, por escribir una buena novela; a tu padre, si viviera, venderías” (pág. 11); “Eres un jodido pequeñoburgués que lo que quiere es ser escritor.” (pág. 95).

<sup>22</sup> “Con Juan he descubierto que Carlos era, sobre todo, un coñazo.” (pág. 52); “Estoy convencida de que a ellos Juan le parece un bruto. No lo es, ni mucho menos. Lo único que pasa es que sabe que tenemos una vida por delante, y sólo una, de la que hemos consumido dos tercios, y le gusta disfrutar lo que nos va quedando.” (pág. 54); “ellos y Juan son agua y aceite, él los considera unos gilipollas y ellos lo consideran a él un hortera” (pág. 61); “Juan no reza, ni cree, ni hace cálculos de cualquier futuro que se extienda más allá de las paredes de la casa. Carlos, en cambio, sólo se ocupaba del futuro de lo que estaba fuera.” (pág. 147).

No acababa de darme cuenta [...] de que los cuadros de Demetrio Rull estaban bien para colgar entre una boca de marrajo disecada y pegada a una de esas maderas de teca que hacen pensar en el interior de un camarote de yate y una caja panoplia de nudos marineros, elementos ambos que solían ser obligada decoración en el comedor de los chalets de los burgueses que se las daban de tener espíritu náutico. [...] Él [Román Alcóllar] ha acabado siendo el artista que yo no he llegado a ser.<sup>23</sup> (págs. 25-26)

[...] de mi obra hace veinte años que se ha desentendido Ana. Le llevo los cuadros a la galería, los almacena en algún lugar y, meses más tarde, me los devuelve diciéndome lo mal que está la situación [...]. Sigo llevándole mis trabajos porque, de vez en cuando, vende alguna cosa menor [...]. Coloco cosas un poco donde puedo (algún amigo viene al estudio y se lleva algo), y no me quejo de mi trabajo como guarda de noche en el Eurobuilding. (pág. 34)<sup>24</sup>

Estoy con ellos y pienso en Pablo, en Joaquín, el hermano de Carlos, mi amigo de infancia; en mi propia obra, en lo que no ha podido ser. [...] Como si no hubiera aprendido a estas alturas que saber y vivir son incompatibles; que saber te destroza la vida, te la hace polvo. Confesarle a Pablo que si no he llegado a ser un pintor es porque me he perdido en los pasillos de mí mismo, en el brillo de los espejos que he ido encontrando junto al camino. (pág. 160)

Homosexual, enfermo de sida como Jorge (su pareja agonizante), Demetrio está enamorado platónicamente de Pablo (pág. 36), un joven obrero casado. De ahí que, como subraya Rita, resulte el más “patético” de todos (“aunque lo suyo sea aún más patético que lo de los demás. También lleva su desgracia a costas Demetrio.”, pág. 59).

### Pedro:

Pedro es el organizador de la velada (“la cena convocada por Pedrito”, pág. 31). Su iniciativa concuerda con su modo de ser y sus funciones en el grupo: fue siempre el más activo y, en su día, el revolucionario más convencido y decidido propugnador de la acción directa. Sin embargo, la decepción y la sensación de fracaso han diezmado su entusiasmo revolucionario (para Carlos es un “revolucionario malherido”, pág. 18; para Amalia, un “ideólogo pueblerino”, pág. 114, “un pesimista de clase”, pág. 168).

Ex promotor de productos varios (“eso quería decir que me ganaba la vida con lo que podía”, pág. 140; “alguien que ha mentado a lo largo del día”,

<sup>23</sup> Véase más adelante –y a modo de contrapunto– el retrato de Román Alcóllar.

<sup>24</sup> “Esquema es mi galería, a pesar de que sólo en una ocasión –y de eso hace ya media docena de años– hayan expuesto algunas obras mías en una colectiva; ni siquiera me han vendido más allá de media docena de cuadros en los últimos cinco o seis años, y todos ellos

“yo no era más que humo, palabras”, pág. 142<sup>25</sup>), es entre tanto “un importante promotor inmobiliario” (pág. 114) que construye casas y compra solares, alguien que “ya no vendía aire”: “vendía cemento, hierro, ladrillos” (pág. 142). Enriquecido gracias al *boom* de la construcción que había destrozado la costa, no puede, sin embargo, liberarse ni de sus orígenes ni de su pasado: vive en su propia piel la imposibilidad de conciliar antiguos ideales y práctica laboral, por lo que se siente profundamente insatisfecho. Sin embargo, aunque su autoestima sea baja (se considera “un palurdo”, pág. 80), se sabe muy leído:

[...] yo hago casas para turistas, pero leí a Le Corbusier, los textos de Gropius, de la Bauhaus leí, aprendí sobre Loos y sobre Otto Wagner, sobre Schinkel y también sobre la arquitectura que Speer inventó para Hitler; estudié las experiencias de la ciudad lineal de Arturo Soria y su intento de aplicación por los soviéticos, los trabajos de Perret. Estudié Palladio y Borromini. Leí, miré, estudié, viajé [...], y he comido, y he bebido y he follado y soy el fruto maduro de eso, un fruto de piel rugosa, pero carnoso en su interior [...] lo cual no me evita construir mierda [...]. (pág. 81)

Acierta Carlos cuando afirma sobre la profesión actual de Pedro que es la “prolongación de la lucha armada por otros medios, el pelotón de ejecución convertido en excavadora, en grúa.” (pág. 96); y dice bien Demetrio cuando observa: “Le huelen demasiado los dedos a cemento, por más que se esfuerza en parecer trascendente.” (pág. 32); “También él era, a su manera, un autodidacta, un intruso. Lo sigue siendo aunque la pasta le chorree de los bolsillos. Billetes manchados de cemento. Valen igual que los otros, pero no pueden sacarse en público.” (pág. 41).

Y el mismo desajuste, una parecida situación de discordancia entre deseo y realidad se da en el campo afectivo: se casó con Antonia, pero siempre estuvo enamorado de Elisa<sup>26</sup> que, sin embargo, lo rechaza porque sus orígenes eran demasiado distintos. Ahí arranca la creciente convicción del personaje de vivir en continuos “estados carenciales” (pág. 89; ¿alude

---

a precio de ganga, por razones de política de prestigio. [...] Al fin y al cabo, el trabajo en Eurobuilding me ocupa mucho tiempo” (págs. 155-156).

<sup>25</sup> Rita: “la venta del aire, que era la especialidad de Carlos, de Pedrito” (pág. 45).

<sup>26</sup> “«La única, ¿sabes?, la única a la que he querido de verdad en mi vida»” (pág. 17); “enfermo de Elisa” (pág. 89); “Déjame que te lo diga, Elisa, porque, en vida, nunca me hubiera atrevido a decírtelo: mi adorada Elisa. Elisa, vida mía” (pág. 215). Hay más: Pedro organiza la cena para recordarla: “[...] si he querido venir aquí, juntarme con esta gente, ha sido porque volver a verlos a ellos era reencontrarme con Elisa, volver a estar con ella, y ese pensamiento me ha asustado. Me aterra pensar eso, pero lo pienso, y me digo escandalizado

Chirbes al título de la novela de Ángela Vallvey, aparecida en Barcelona medio año antes de *Los viejos amigos?*).

### Amalia:

Ex esposa de Narciso, fue encarcelada estando embarazada (págs. 168-170). Luego trabajó en Bruselas, hasta que su ex marido le quitó el cargo (págs. 115-116); desde entonces –“aquellos años en que estuvo arriba” (pág. 179)– y como consecuencia de ello, está en tratamiento psiquiátrico por sus depresiones, que la llevan a perder el contacto con la realidad (págs. 208-209). Veamos el retrato que de ella trazan Carlos y Pedro:

«[...] es como si hubiera una distancia entre las cosas y yo y no consiguiera romperla. Voy a un museo a una exposición y pienso, qué bonito es todo esto, pero no lo pienso, no lo siento.» [...] nada le llega a Amalia: el mundo entero, un panteón; el auditorio, los minicines con películas subtituladas, iraníes, francesas, las galerías de arte, los museos, los restaurantes. (pág. 178)

Hoy está a la deriva, a merced del golpe de mar, del golpe de viento que la lleve de acá para allá. Lo que ella dice, desprotegida. Como si en vez de haber aprendido, hubiera desaprendido; como si cada día empezara la vida de nuevo para ella y tuviera que equivocarse en el trayecto del trabajo a casa porque nunca ha pasado por esas calles previamente. (pág. 206)

Y tú, mi pobre Amalia, desolada, llena de contradicciones, con tu psiquiatra [...] ¿qué coño le importa a ese tío tu vida? ¿No te das pena de ti misma? [...] «¿cuántos siglos llevas con el psiquiatra?», le he preguntado hoy [...], una eternidad psiquiátrica sólo por no aceptar el destino, el destino, el horizonte que es el que nos marca (págs. 214-216)

### Rita:

No participa en la cena para no encontrar a su ex marido. Trabaja, sin entusiasmo y desde una clara conciencia de su fracaso, en publicidad; es sumamente despiadada en su autocrítica:

Lo jodido es tener que echarle ovarios a la vida: meterse todas las mañanas en la oficina y empezar a recorrer las líneas telefónicas como las putas recorren las aceras al anochecer, emprender, a través de las líneas telefónicas, una desesperada caza de víctimas. [...] Clic. Primer contacto fallido. Sigo ruta. La misma canción repetida desde las diez de la mañana hasta las dos de la tarde. Un día tras otro, sin solución de continuidad. [...] eso es lo difícil: la venta del aire, que era la especialidad de Carlos, de Pedrito, y ha acabado por ser la mía, y vender aire se ha puesto muy difícil en esta época de virtualidades. Demasiada competencia. Tras las carreras telefónicas matutinas, a las dos de la tarde, carrera física: corre que te corre, en busca de

---

que no, que no puede haber sido por eso por lo que me he empeñado en esta absurda cena.” (pág. 94).

un taxi que te lleve a El Amparo. [...] Y, por la tarde, con el postre aún en la garganta, vuelta a la oficina, porque mi jefe quiere que fijemos objetivos para el trimestre que viene. [...] tras la reunión especulativa con el jefe en la que, cuando de entrada le transmito esperanza, si luego falla algo dice que lo he engañado, y si le transmito la verdad de lo que hay, me dice que con ese pesimismo cómo vamos a vender páginas de publicidad, tras ese trago, otra presentación, con más vino, mucho más vino, en el Ritz. [...] Vino, vino, vino y más vino, y, a la una de la madrugada, otro taxi, porque nunca cojo el coche los días en los que sé que voy a volver a casa más cargada de lo habitual. (págs. 44-47)

Yo que quería ser maestra, que quería enseñar, Piaget, los cursos de Rosa Sensat, la pedagogía activa, todo eso, y que ahora me dedico a engañar. En vez de que encuentren la verdad, empujarlos para que se pierdan por el camino de las mentiras, taparles los ojos y darles vueltas como peonzas hasta que se desorienten, la gallina ciega, que no otra cosa es la publicidad. (pág. 58)

De sus tres hijos, uno (Pau) ha muerto de drogadicción. Su nuevo marido, Juan –que es viajante– tiene también sus dificultades para sobrevivir<sup>27</sup>.

#### Los desaparecidos (Magda, Elisa y Mauricio):

Antigua dueña de Violette (el pub en el que solían encontrarse los viejos amigos y donde imprimían clandestinamente propaganda e incluso escondían armas, pág. 120)<sup>28</sup>, Magda ha desaparecido igual que su novia Lola. Una vida, la suya, también marcada por el fracaso:

[...] el pub no ha empezado nunca a funcionar, al menos nunca ha funcionado como yo quería, como yo había calculado. He vivido en los otros. Los escucho. La noche que tengo libre me dedico a salir por ahí, a la busca, voy a donde me dicen que hay alguien que hace las cosas bien. [...] Y cuando me quedo a solas, en la cama, me dan ganas de llorar. Me digo que yo podía haberlo hecho, o, lo que es peor, me digo que yo no lo he hecho porque no he servido para hacerlo, que una carrera no es un embrión, es un desarrollo (pág. 171)

Elisa estudió historia del arte, con especialización en el barroco (págs. 13, 101) y fue militante maoísta; murió de cáncer a los 35 años, sin haber logrado «terminar» buena parte de lo comenzado:

*[...] un vino de moda, cubiertos, plato y botella sobre manteles individuales que había comprado en la Compañía de China y el Oriente [...]; y un dragón*

<sup>27</sup> “Ese también lleva lo suyo, el pobre, y yo creo que se lo quita de encima columpiándose cada día un poco más por ahí, dejándose enganchar por los líos, lo que sea con tal de estar fuera de casa la noche que yo no estoy a la hora de cenar.” (pág. 48). Más detalles sobre Juan como antítesis de Carlos en la nota 22.

<sup>28</sup> “[T]omábamos copas en Violette” (pág. 60); “la canción que Magda nos ponía en Violette” (pág. 219).



*chino de papel de seda colgado del techo, recuerdo de sus tiempos de militante maoísta, aquel viaje a China que hizo con Guzmán, Ana, Narciso, Amalia y Taboada, la revolución como una delicada operación estética, una levedad de seda envolviendo el mundo, entrando por las ventanas abiertas con la brisa de la tarde de otoño. [...] Dejó sin terminar su artículo para Casa Vogue sobre el proyecto de terminal ferroviaria de Calatrava en el aeropuerto de Lyon-Satolas, dejó sin terminar un ensayo acerca de los trompe-l'oeils en la pintura pompeyana. El mantelito individual ahora le servía para que su madre [...] le pusiera encima el plato que contenía un desvaído puré que ella no se podía ya comer. (págs. 102-103)*

*El dragón de seda flotando sobre el comedor vacío y oscuro, solitario dragón inmóvil en el centro del comedor de ventanas cerradas, de persianas bajadas, en una de las cuales, de cara al exterior, alguien ha puesto un cartel en el que aparece escrito: «se vende» [...]. (pág. 111)*

Ex obrero revolucionario, Mauricio trabajó en sus últimos años como chico de los recados para una empresa de repartos, pese a que sufriera de reuma (pág. 120). Hacía ya dos años que había muerto (de cáncer de pulmón), pero ninguno de sus antiguos compañeros se había enterado de la desgracia (“Quería vernos. Nos nombraba a los viejos camaradas. Cuando su mujer me lo contó, Mauricio ya había muerto.”, págs. 118-119; “«Os nombraba a los compañeros de lo que él llamaba 'la lucha'. Quería vernos. [...]»”, pág. 119).

## 5.2 LOS VENCEDORES

### Narciso:

Tras haberse «manchado» –en el sentido sartriano del término– en un atentado con cóctel molotov ideado por Pedro (págs. 63-70), Narciso fue –aunque muchos no lo creyeran e intentaran justificarlo– el delator de la célula. A juzgar por las críticas de Pedro (en las que resulta evidente la alusión a su nombre<sup>29</sup>), es más que probable que su pertenencia a la célula no nació de la convicción. La versión de Amalia no deja espacio a la duda:

Y no me refiero al pacto que Narciso hizo con la policía, su padre mediante, para que lo soltaran inmediatamente a cambio de referirles de pe a pa las actividades del grupo, eso no fue maldad, fue una forma de inocencia, cobardía; quizás sí que puedan detectarse signos de maldad en el hecho de que pusiera a su familia en contacto con la de Laura para conseguir que ella [...] saliera también inmediatamente libre y que sus padres se la llevaran a la casa del Montseny. Lo inquietante fue que, en esa negociación, en ese

---

<sup>29</sup> “Los intelectuales amáis vuestro yo por encima de todas las cosas” (pág. 69); “No le conviene a la revolución saber que te quieres más a ti de lo que la quieres a ella.” (pág. 71).

paquete, no entrara yo y que cuando, unos años después de todo aquello, me enterara de los detalles de la historia, me contarán Magda y Ana que Narciso había aprovechado aquellos días en que yo seguía en la cárcel y él ya había conseguido la libertad, para visitarla en Barcelona. (págs. 167-168)

Narciso es, por tanto, el «transicionista», el tránsfuga o transformista por excelencia, un personaje que siempre ha sabido elegir la mejor opción para vivir bien. En la actualidad ejerce de político en activo e intelectual a la violeta (según Amalia, es un “supuesto dandy que se mueve con la misma soltura en lo más alto de la escala social y en lo más sórdido”, pág. 169). De ahí que la llamada de Pedro para convocarlo a la cena lo halle desprevenido y se alarme; menos porque la invitación interrumpe su tranquilidad burguesa que porque le aviva los recuerdos de un pasado que había borrado de su memoria:

Y de repente, vuelve Pedrito Vidal a cruzarse en mi vida. Estoy tranquilamente sentado en la butaca de lona del jardín, suena el móvil, yo me creo que es Anamari, la secretaria, que ha quedado en llamarme para que preparemos el documento que tengo que leer sobre la red de contenedores europeos de cultura [...]. Y yo no sé si me alegro de haberlo reconocido o no. La verdad es que me pongo en prevengan, porque Pedrito nunca echaba una puntada sin hilo, y no sé qué hilo quiere coserme ahora. «Claro, claro que me acuerdo», le digo, mientras me pasan por la cabeza un montón de cosas [...]. Y todo eso es lo que se me cae encima en cuanto reconozco la voz de Pedrito al teléfono. (págs. 62-63/70)

### Román Alcóllar:

Román Alcóllar es –amén de un “niño caprichoso”– un burgués auténtico, gracias también al dinero que le abre todas las puertas; incluidas las de la galería de Ana<sup>30</sup>, a quien había conocido por mediación de Demetrio: “e inmediatamente se atrajeron (las afinidades de la clase)” (pág. 26). De Alcóllar (“el artista que yo no he llegado a ser”, pág. 26) afirma Demetrio, su contrafigura en el fracaso (que además fue su amante fugaz en sus “escapadas nocturnas por sitios poco recomendables de Valencia y Barcelona”, pág. 26):

Román pasó – como yo mismo, pero con otro estatus – a formar parte de la cuadra de Esquema [...]. Mordiéndome los labios le dije a Ana: «Es un farsante, un desastre. No sabe ni lo que es un color, ni cómo se mezcla con otro.» Ella me respondió: «Par contre, il est charmant», y entendí que yo había

---

<sup>30</sup> Si bien al principio consideraba que su arte era muy discutible: “la sala en la que exponía sus fotos un tal Alcóllar, una especie de huérfano desvalido o mentalmente poco dotado al que se veía obligada a engañar con una golosina” (págs. 28-29).

sido condenado al ostracismo artístico. Autodidacta eterno. [...] Román siempre ha sabido ser tan dictatorial e impertinente con los de abajo, como dulce con quien puede convenirle para sus intereses. Fue en aquellos días cuando me di cuenta de que Ana nunca decía de él: «es un autodidacta», porque él era un componente más del grupo [...]. (pág. 158)

Así se explica que pueda cambiar su manera de «hacer arte» según la moda del momento: de sus primeras fotografías (“paisajes crepusculares, sí, mucha puesta de sol, y sillas thonet, florecitas secas, cosas como de Sisi Emperatriz o, mejor aún, como de la familia Trapp”, pág. 27) pasa a la pintura (“disfrazado de virulento expresionista abstracto”, pág. 158); y, tras haberse sumado a la euforia de la movida, de nuevo a la fotografía, entre tanto abstracta, vanguardista y macabra<sup>31</sup>. En uno de los pasajes más significativos leemos:

Dejó las fotos familia Trapp para retratar paisajes desolados, corrales, muros destrozados, roñosos suburbios, morgues. Detrás de esos saltos, vacío, nada, sólo su egoísmo, su yo, su ego, lo que ve en París, en Nueva York, en Londres, nada más que esto lo quiero yo, me lo compro, y, de repente, en vez de rosas, flores, lirios (le gustaban mucho los lirios, a todos los maricones les gustan los lirios, fálicos lirios, qué sé yo, las calas, las calas también les gustan, con su elegante verticalidad, digamos que les gustan las flores verticales, priápicas), nos regala la decrepitud; de la noche a la mañana abandona las flores, los matices de la delicada y sensible naturaleza, por las ruinas, los cadáveres; el embriagador perfume de los nardos y galanes de noche, por el formol, la materia en descomposición, la humedad de las morgues. (pág. 159)

### Guzmán:

Esposo de Ana (“galerista comprometida”, pág. 25, y propietaria de Esquema, pág. 30), pertenece también al grupo de los tráfugas, de los «camaleones» o «transicionistas», de los que saben mimetizarse para explotar lo mejor posible las situaciones (Pedro: “sigue acumulando relaciones para su imaginaria biografía política”, pág. 72; “él, a quien, en nombre del antidogma, se le siguen poniendo los ojos igual de sanguinolentos que entonces se le ponían cuando defendía el dogma”, pág. 77):

Él sigue convencido de que no hace negocios, sino que crea cultura con su productora, con la galería de Ana, con las canciones de Lalo, que son como un certificado de algo. [...] Nadie podría imaginar que es el marido de una galerista que lleva treinta años en la vanguardia de todo. Ése es su juguete, su

---

<sup>31</sup> “[A]hora, en vez de florecitas y paisajes fotografía derribos que tienen una textura de lúgubres cuadros abstractos y que luego pinta a mano, los llena de pinceladas nerviosas: lo vivo y lo inmóvil, fotografía camillas de morgue, sábanas manchadas de sangre, cadáveres” (pág. 44).

doble juego, su mareante baile de disfraces, la cuidadosa construcción de la tosquedad como un proyecto o un disfraz. (pág. 114)

Como cabe esperar, tiene éxito en su papel de padre: se muestra orgulloso de sus hijos gemelos Lalo y Juanjo, que también acuden a la cena. Desde una perspectiva muy posmoderna, ambos parecen haber hecho realidad los cometidos de los revolucionarios de antaño. El primero con sus canciones «comprometidas»<sup>32</sup>:

Su padre lo mira y se le cae la baba. Está dispuesto a entonar la consigna que el pequeño dirigente decida. Y si hace falta matar por ella a quien haga falta, matará. O, al menos, intentará quitarle la cartera al enemigo, que es la primera fase. Si no puedes matar a su enemigo, róble la cartera. A lo mejor, le entran ganas de suicidarse. Es el mismo Guzmán, no puede negarlo. (pág. 78)

Guzmán se hincha aún más, un poco más, escuchando a su niño. Él ha colaborado en el proyecto, le ha ayudado a escribir algunas partes de la Cantata y Lalo le ha dedicado uno de los cortes más emocionantes: se titula «No te detengas (homenaje a mi padre)». El disco incluye otros homenajes (a Silvio, a Víctor Jara, a Violeta Parra), y también a Serrat. AltaSierra, de Lalo Guzmán, una especie de summa teológica y civil de la canción protesta que su padre bebió (él, lógicamente, dice «mi padre bebió») en la juventud, y cuya memoria le ha transmitido («cuya memoria me ha transmitido»). (pág. 83)

El segundo trabaja en una ONG y “cumple en la práctica lo que su hermano canta” (pág. 85).

Ese éxito, la facilidad con la que la nueva generación –rica– sabe moverse para alcanzar sus objetivos y la verborrea de los tres desencadenan la visible irritación de Pedro, que tuvo que ganárselo todo a pulso:

Ya no me acordaba muy bien de cuánto llegaba a irritarme, de quién era Guzmán; de cómo soporté por disciplina proletaria a Guzmán, por si fuera poco, ahora repetido –como en un par de calcomanías– en sus dos hijos gemelos, Lalo y Juanjo, el trío de los guzmanes: verlos a los tres me irrita (ellos son como él era entonces); y no sólo verlos: tener que escuchar que están en el centro del mundo, que los guzmanes son el centro –el correcto centro– de todo [...]. (pág. 73)

Pero además, y a diferencia de Pedro, Carlos, Demetrio, Amalia y Rita (que prefieren olvidar el pasado), Guzmán es de los que, al igual que se labran el futuro, se lo construyen. De ahí el significado del texto epigráfico

---

<sup>32</sup> Muy significativos son también los retratos de los dos: Lalo, “cabello un poco largo y rizado, como Dylan en el sesenta y ocho, gafas metálicas redondas, como Lenon, y el cuello del jersey, de cisne, redondo, cerrado, levantado hasta la nuez. Justo como lo llevaba Dylan hace treinta y tantos años, ahora es un signo de recuperación, la recuperación de la revolución” (pág. 81); Juanjo, “lleva esta noche un pañuelo de bucanero atado a la cabeza, quizás como signo de que acaba de volver de su selvático viaje trasatlántico” (pág. 87).

de la carátula del CD de Lalo (“«cuya memoria me ha transmitido»”, pág. 83) y del título de su entrevista publicada en un periódico (“«El tesoro de la memoria»”, pág. 84).

### Taboada:

Ex defensor de los compañeros de la ex célula y lector apasionado, el abogado Taboada sabe muy bien moverse y dónde colocarse: “Amalia me habla de sus sutiles acercamientos al pepé citando al toro derechón desde la extrema izquierda” (pág. 88). Acude a la cena con su novia Elvira, novelista, otra transformista. Sobre su presencia observa Pedro: “no sé qué pintan aquí. Los ha convocado por su cuenta Guzmán, que sigue acumulando relaciones para su imaginaria biografía política.” (pág. 72).

En resumidas cuentas, como comenta Carlos, la barrera de las clases es una realidad difícil de superar:

La maquinita te avisa de que te ronda la delgada mujer baudeleriana que, en apariencia, todo lo iguala, y digo en apariencia porque ni siquiera ella consigue la igualdad absoluta entre los humanos: algunos tienen mausoleos, sus nombres aparecen grabados en piedras, escritos en hojas de papel [...] y otros, en cambio, no tienen nada de nada: esos desarraigados, refugiados, las multitudes migratorias, las fosas comunes cubiertas por lechadas de cal, empapadas con gasolina. En fin, hay una resistencia de la clase aún más allá de la muerte. [...] La correosa resistencia de la clase a borrar sus fronteras. [...] Yo, además, prohibiría los retratos si pensara en algún momento en conseguir un mundo igualitario, y no sólo porque la forma de vestir que se descubre en los retratos revela la clase, sino porque hay una flexibilidad especial en los gestos, en la mirada, que sólo la gimnasia de la clase repetida durante generaciones transmite. (págs. 129-130)

En otro pasaje observa:

Y llegaron estos listos (Narciso, sus amigos, la propia Amalia, aunque ahora ya no lo quiera reconocer) y empezaron con sus hotelitos con encanto, y que si el otoño en Venecia y el Martini en el Harry's bar y un Vega Sicilia y un Pesquera, y Glenmorangie y Glenfidish y Genglish, y, entonces, los otros dijeron, si eso es lo que hay que hacer, si ahí es donde hay que estar, si eso es lo que hay que beber y comer, nosotros estaremos, comeremos, beberemos y haremos todo lo que hay que hacer los primeros [...] Ellos van y vienen y hablan y saben y presentan sus proyectos y los cobran, y tienen sus agentes que les mueven los libros, los cuadros, las instalaciones, las series de televisión, y las relaciones; y salen en las listas de éstos y de aquellos otros, las cincuenta novelas del siglo, las veinticinco obras de arte de la transición, las tres plásticas del año, las cuarenta instalaciones del día de hoy, salen y los citan en la tele, en la radio, tienen paraguas que los cubren de cien en cien, si llueve y si hace sol, en todo tiempo los cubren. (págs. 180-182)

También Demetrio había apuntado, al considerar su fracaso y el éxito de Alcóllar (“la clase alta no entra nunca por la puerta de servicio”, pág. 27):

Los presenté [a Ana y Román], e inmediatamente se atraieron (las afinidades de la clase). O sea, que lo de llamarme autodidacta era una forma de ponerme límites, de ponerme en mi clase; de decirme que yo podía ser encantador, divertido como Rousseau el Aduanero, pero nunca grande como Monet. (pág. 26)

Acomodarse es, en suma, más rentable, como subraya Rita con amargura:

[...] quien más y quien menos había dejado la ideología de lado cuando le había convenido. ¿O es que Amalia no perdió el culo por amarrar la plaza de Bruselas en cuanto Narciso se la consiguió? Luego ha renegado de la plaza, del socialismo y de Narciso. Hay gente capaz de estirar la ideología como si fuera un chicle. (pág. 60)

## 6. CODA

La brecha abierta entre la antigua ilusión de cambiar el mundo y la constatación del fracaso constituyen el móvil temático y el argumento capital de la novela. Frente a un pasado que se rechaza se sitúan un futuro temido (por ausencia de ideales, y desde la conciencia que el tiempo pasa y la muerte acecha) y un presente poco satisfactorio. Se trata, en suma, del ejercicio de la memoria y de su contraposición a la desmemoria, del parangón con los estragos del olvido programado. He aquí los temas que propone Chirbes en esta novela de madurez y balance existencial. La cena de los viejos amigos como ocasión para visitar el pasado y reflexionar sobre el presente, sobre «lo que va de ayer a hoy»<sup>33</sup> y sobre nosotros mismos. Un balance con poco en el haber y un mensaje sumamente pesimista frente al futuro y la vida en general (el "hielo de la vida" del que habla Carlos, pág. 136):

Pedro:

Mierda el futuro. Eso no es nada, es una idea que tenemos en la cabeza los que pensamos. El futuro no existe. Es sólo pensamiento [...]. «Lo peor del futuro es eso; que, sin existir, nos pesa más que el pasado, que también se ha esfumado ya. Una vida provisional, una vida en la sala de espera, ¿tú no tienes la impresión de que estamos esperando a que pase algo, a que nos

---

<sup>33</sup> Aludimos a los conocidos versos de Calderón: “Aprended flores de mí / lo que va de ayer a hoy / ayer maravilla fui / hoy sombra mía no soy.”

llegue una nueva vida?, ¿que ésta es sólo una pausa y que, si nos dieran una excusa, mandaríamos todo lo que hemos conseguido a la mierda?» (pág. 33)<sup>34</sup>

Carlos:

Lo ha repetido Pedrito eso de que el futuro no forma parte del tiempo, no es una cualidad que tiene el tiempo, es sólo una forma de aceptar sin angustia el tiempo sin dirección, como una inmensa y solitaria explanada en torno a nosotros. (pág. 127)

[...] maldecirás la hora en que se te ocurrió tener vocación de escritor y llamarás a la muerte a voces [...]. (pág. 208)

Mauricio:

Las cosas no acaban bien, nunca acaban bien, no acaban de una manera ordenada. (pág. 119)

Un discurso, en fin, que rememora casi de continuo los famosos versos calderonianos de *La vida es sueño*: “el mayor delito es / del hombre el haber nacido” (Demetrio: “No haber nacido.”; Carlos: “Para no morir, no vivir, no haber vivido, no haber nacido.”, pág. 129). El mensaje final es, por tanto, radicalmente antitético al compromiso de su juventud:

Pedro:

A los cincuenta y nueve años puedo permitirme mandarlo todo a la mierda, ¿entiendes? Mandarlo todo a mamar.<sup>35</sup> He pasado ya lo mejor. La borrachera buena ya la he pasado. El amor, la capacidad de enamorarme, de entontecerme, todo eso ya lo he pasado. ¿Qué me queda?, ¿qué nos queda?, ¿la resaca?, ¿la lucidez alucinada de la resaca? (pág. 126)

Demetrio:

[...] mandar Madrid a la mierda de una vez, mandarlo a la mierda todo [...]. (pág. 161)

Tras tamaño fracaso, Pedro ve el principal sentido en el viejo adagio del *carpe diem*: “Captura el instante, el futuro no es nada, mierda el futuro” (pág. 212). Una actitud cuyo principal cometido es exorcizar el miedo que nos insuflan el futuro y el pasado, e.d., la vida misma. Miedo a lo que fueron, rememorado una y otra vez a despecho de la memoria abolida, y a lo

---

<sup>34</sup> Véase también más adelante: “el futuro no es nada, mierda el futuro [...]. Y lo peor es eso, que sin existir te pesa más que el pasado que también se ha esfumado ya. La vida, un soplo: un golpe de brisa; a veces, un huracán. Y ya está. Eso fuimos.” (pág. 212).

<sup>35</sup> Véase también más adelante: “Ya no necesito aparentar. A los cincuenta y nueve años puedo permitirme mandarlo todo a la mierda, ¿entiendes? Mandarlo todo a mamar.” (pág. 144).

que les queda (sufrimientos, enfermedades, vejez y muerte<sup>36</sup>), fruto de la “apisonadora del tiempo” (pág. 92), que todo lo destruye (no olvidemos el lema –una especie de *memento mori*– del trabajo de Elisa: “«Eres lo que yo fui una vez y serás lo que yo soy ahora.»”, pág. 13<sup>37</sup>), incluido el miedo al amor y, por consiguiente, a la soledad<sup>38</sup>. Miedo, en suma, que se resume en pocas palabras: “qué miedo la oscuridad de dentro” (pág. 216).

En el último apartado de la novela Pedro nos recuerda –tanto por su función de cierre como por ambiente y contenidos– el capítulo final del *Ulises* de Joyce, centrado en el monólogo interior de Molly Bloom. En ambas obras los personajes están en la cama (Pedro, solo y borracho, en un hotel de Madrid) sumidos en un duermevela en el que se desgrana una larga introspección cuajada de fantasías sensuales. Sin embargo, en el caso de Pedro, las imágenes eróticas se mezclan con imágenes agónicas (generadas por la fría noche madrileña y la constatación del fracaso de la velada):

Madrid, la noche, el frío, la depresión [...], el destino, el horizonte que es el que nos marca Elisa, ella, cota cero que muestra el silencio, el no ser [...]. Ella es la que marca el horizonte que está ahí enfrente: un invisible telón de microscópicas partículas perdidas, mudas partículas, solitarias partículas. Cota cero. [...] qué miedo da la oscuridad de dentro [...]. También yo tengo depresión, Amalia, cómo no voy a tenerla, y, sin embargo, me aguanto [...]. Voy de putas, juego en bolsa, levanto casas, doy órdenes a albañiles, a maestros de obra, a arquitectos y fontaneros y soladores y encofradores y alicatadores. Cuento dinero. Me despidió Elisa y tuve depresión, me aparcó mi suegro [...] y tuve depresión, le he dicho adiós a la negrita y tengo depresión, les digo adiós a las rusas, a las brasileñas, a las jamaicanas, y tengo depresión, como todo quisque, en cuanto me quedo solo sin nada que hacer, la maldita depresión, una buena depresión [...]. Todos a la espera de la explosión terrorista, de la gran explosión nuclear, del big bang. Apocalipse now. [...] notas un cosquilleo, placer que se abre paso a través de la oscura depresión. Piensas en la negra, sus muslos; piensas [...] piensas en la muerta, no puedes impedirlo (Elisa, la llamas, Elisa), piensas en ella. Pienso en los muslos que no lameré, que no morderé, en la boca que no besaré: se han convertido en polvo. [...] Pena de mí siento. Cierro los ojos e intento ver la

---

<sup>36</sup> Rita dice bien cuando observa: “gente durmiendo encima de un banco, en el hueco de un portal, tapados con cartones, envueltos en papel de periódico. Eso sí que me da miedo y no el olor que pueda o no tener mi cuerpo cuando sea vieja.” (pág. 57).

<sup>37</sup> El mismo lema es retomado por Amalia (“«Eres lo que yo fui un día, soy lo que serás.»”, pág. 101) y Demetrio (“contarle que soy lo que él es y también lo que será un día”, pág. 152).

<sup>38</sup> Entre Pedro y Amalia: págs. 89, 114; entre Amalia y Narciso: “También a ti te da miedo que el amor te haga daño. Le tienes miedo a Narciso.” (pág. 122); entre Demetrio y Pablo: “Pienso, no verlo más, y me entristezco, y, sin embargo, tengo miedo de volverlo a ver el lunes que viene, de seguir conociéndolo, de conocerlo aún más, porque ese conocimiento hace crecer la tristeza de saber que tengo que perderlo, perder un libro que había empezado a leer y te gustaba. Hablar con él, deseo de hablar con él y miedo de hablar con él. Deseo de leerlo y miedo de leerlo.” (pág. 152); José Manuel: “tengo miedo de la noche, de las luces apagadas de la habitación cuando nadie respira a mi lado en la cama” (pág. 174).



carne de la que murió [...] como si lo más importante fuera la vida [...] hojas muertas, la canción que Magda nos ponía en Violette, les feuilles mortes se ramassent à la pelle, y qué se hizo de nuestros veinte años, como si seguir con vida fuera lo más importante [...]. También yo empiezo a pensar como el trasplantado australiano, al abrazar, al besar, al penetrar. Pienso que abrazo cadáveres que han salido de fin de semana. Hay unos cuantos cuerpos que he abrazado y besado y penetrado y que han terminado su permiso y vuelven a ser muertos. Me abrazaron y son muertos. Beso ahora bocas que pronto estarán muertas, y hoy están invadidas por las bacterias. (págs. 216-220)

En la imagen última, el recuerdo de Denia, refugio y lugar mítico, brota de la soledad y del desamor. Nada se salva: el pesimismo es cósmico (leopardiano, podríamos decir). Ni siquiera la ciudad, cuyas hermosas playas aparecen también marcadas por el sello de la precariedad: el mar engulle la arena cada invierno (¿cómo no recordar la clepsidra del príncipe de Salinas en *El gatopardo*): *tempus (tempus edax rerum) fugit*:

Mi boca llena de bacterias dice, «te quiero, Elisa», y la voz pone un hosco eco en el vacío de la habitación del hotel. Entre tanto, el mar rompe en los acantilados de Denia, lame las doradas playas que, desde hace veinte años, no tienen más arena que la que traen los camiones desde no se sabe dónde para reponer la que cada invierno el temporal engulle. Paisajes portátiles, dientes de quita y pon. (pág. 221)<sup>39</sup>

El círculo se cierra: Pedro halla al final respuesta al vago presentimiento del comienzo de la velada: “A lo mejor ha estado bien venir a Madrid. «Puede que haya sido un acierto venir a Madrid», pienso [...]. La noche dirá al final si valió la pena o no este viaje.” (pág. 91). Efectivamente, no ha valido la pena. Para los lectores, sin embargo, sí ha merecido la pena: *Los viejos amigos* se revela una novela sumamente humana y de gran calado y actualidad; una obra pegada, como la uña a la carne, a las debilidades de los individuos.

## BIBLIOGRAFIA

CHIRBES, Rafael (2002a): *Los viejos amigos*, Barcelona: Anagrama.

— (2002b): *El novelista perplejo*, Barcelona: Anagrama.

JACOBS, Helmut C. (1999): “Entrevista con Rafael Chirbes”, *Iberoamericana* 3/4 (75/76), págs. 182-187.

---

<sup>39</sup> Véanse las reflexiones sobre Denia de Pedro en las págs. 74-75.

- LICONA, Sandra (2000): "Rafael Chirbes: En la literatura, nadie acierta al escoger el balcón desde el cual se aprecia la realidad", *La Crónica de Hoy* (México), viernes 2 de junio.
- LÓPEZ BERNASOCCHI, Augusta (2001): "Un apunte sobre la recepción de *La larga marcha*, de Rafael Chirbes, en el ámbito lingüístico alemán", en José Manuel LÓPEZ DE ABIADA - Hans-Jörg NEUSCHÄFER - Augusta LÓPEZ BERNASOCCHI (eds.): *Entre el ocio y el negocio: Industria editorial y literatura en la España de los 90*, Madrid: Verbum, págs. 119-123.
- LÓPEZ BERNASOCCHI, Augusta - LÓPEZ DE ABIADA, José Manuel (2002): "Para una primera lectura de *La larga marcha* de Rafael Chirbes", *Versants*, 41, 2002, págs. 159-204.